

El anticomunismo en la izquierda: a propósito del origen y la ruptura del Moviment Socialista de Catalunya (1945-1966)

Cristian Ferrer González*

Universitat Autònoma de Barcelona

Jaume Muñoz Jofre

London School of Economics

1. Introducción

La presente comunicación pretende explorar un campo hasta ahora sobretodo explicado por sus propios protagonistas e historiadores que, de un modo u otro, tomaron parte en el ambiente de lucha antifranquista. Reducimos nuestro estudio al caso del *Moviment Socialista de Catalunya* (MSC) y su contraposición al *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC) porque el desarrollo del antifranquismo catalán desde la posguerra hasta la década de los sesenta nos lo permite, y porque ello facilita la comprensión del proceso de antagonismos mutuos de un modo equiparable al caso español, cuando no también al europeo: comunismo y socialdemocracia, ramas de un mismo “tronco ideológico” injertas en distintas yemas que acabaron por producir cosmovisiones ideológicas distintas, ciertamente con puntos en común, aunque más a menudo antagónicas.¹

El trabajo se sustenta principalmente en artículos publicados en el órgano de los socialistas catalanes –*Endavant*– que nos sirve para dar voz a las discrepancias internas en el MSC. Hemos consultado documentación primaria de los comunistas catalanes sobre su relación con el antifranquismo y el MSC, con el fin de corroborar y/o descartar lo descrito por la mayoría de la literatura académica sobre la cuestión. Conviene tener en consideración que ésta es una investigación sobre incompreensión y recelos entre antiguos aliados circunstanciales, y sobre la manera en cómo se consiguió superar en parte este clima de confrontación de triple dimensión geográfica (local, estatal y europea) para llegar a la imprescindible unidad contra la dictadura franquista. Así pues, conviene atender con suma cautela la documentación generada tanto por los socialdemócratas como por los comunistas a fin de contextualizar su antagonismo mutuo y, sobre cualquier otra consideración, llegar a comprenderlo.

Primeramente, debemos retroceder ligeramente al marco cronológico que abordaremos con mayor profundidad en este escrito, hasta los días del estallido de la Guerra de España, cuando nació precipitadamente el PSUC. Fruto de la fusión de urgencia entre cuatro de los partidos marxistas existentes entonces en Cataluña –*Partit Comunista de Catalunya*, *Partit Català Proletari*, la *Unió Socialista de Catalunya* (USC) y la *Federació Socialista Catalana del Partit Socialista Obrer Espanyol* (FSC-PSOE), el PSUC sintetizó mejor que cualquier otro los posicionamientos frentepopulistas que la *Komintern* venía defendiendo, integrándose como miembro de pleno derecho al poco de ser creado

* Esta investigación se inscribe en el proyecto HAR2012-31431 en el que Cristian Ferrer participa en virtud de una beca de Formación de Personal Investigador concedida por el Ministerio de Economía y Competitividad del Estado español.

¹ Metáfora utilizada por Joan Gilabert en “La unitat socialista”, *Endavant*, febrero de 1958.

(J. L. Martín Ramos, 2012, pp. 41-68; J. Puigsech, 2001). Sin embargo, el paso a la obediencia soviética, su relación entre el resto de fuerzas marxistas y el resultado de la Guerra Civil española rompieron el delicado equilibrio originario de la formación, abriéndose un largo periodo de recomposición, que tendría como uno de sus productos más destacados el MSC.

2. De la posguerra mundial al estallido universitario

En 1939 la República había sido derrotada y la revolución social aplastada. El pacto de no-agresión entre Hitler y Stalin de 1939 desconcertó a los exhaustos comunistas españoles, así como a sus camaradas de otros países. Una parte considerable de la USC se desentendió entonces de la delicada unión que había dado vida al PSUC apenas tres años antes. El MSC nació en 1945 como primer intento de reorganizar el socialismo catalán después de la Guerra Civil de la mano de Josep Rovira, entonces secretario general del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), la formación que más –y con consecuencias más dramáticas– se había enfrentado al estalinismo del PSUC. Una red clandestina de ayuda a los fugitivos políticos de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, el *Front de la Llibertat*, había sido el precedente más inmediato del MSC, confirmando el pedigrí antifascista de la formación naciente.

El proyecto de Rovira se convirtió en una plataforma de orientación política y de lucha antifranquista nacida de la convicción de que la caída del franquismo era inminente –en vista al desarrollo de la guerra en Europa– y de que la dialéctica que había enfrentado POUM y PSUC desde 1937 ya había quedado superada. La voluntad del creador del MSC era “reagrupar la dispersa militancia socialista, de forma individual o colectiva, en una plataforma de acción política” abierta a la incorporación de nuevos miembros permanentemente (J. L. Martín Ramos, 1998, p. 20). Se buscaba crear un movimiento fuerte en Cataluña que posteriormente negociara con el PSOE en Euskadi y a nivel estatal para hacer un pacto federal “a tres”, donde el MSC defendería “a todo trapo los principios de federalismo y autodeterminación”.² Entre sus principios fundacionales estaban el de conseguir la unidad sindical, el de constituirse en un partido-sociedad de masas al estilo socialdemócrata alemán de principios de siglo, y el respeto más escrupuloso hacia la democracia: considerada como una vía inseparable a la consecución del socialismo.

El MSC nació con una notable aceptación por parte de otras fuerzas en el exilio –USC y el recién creado *Partit Socialista Català* (PSC), con base en México–, pero teniendo que sortear la animadversión de la dirección del POUM del interior y una escasa implicación por parte de los militantes del partido: más de un noventa por ciento de los militantes del interior rehusaron integrarse en el MSC (B. de Riquer y J. B. Culla, 1989, p. 157). La fundación de este “frente de partidos” no se produjo hasta la escisión entre el sector *rovirista* y el de la tradición marxista-revolucionaria en la III Conferencia del POUM, clandestinamente celebrada en España en octubre de 1945. Como difícilmente podría ser de otro modo, su militancia fue inicialmente heterogenea: procedente del POUM, la USC, sectores obreristas de *Esquerra Republicana de Catalunya* (ERC), sindicalistas socialdemócratas de la Unión General de los Trabajadores (UGT) y anarcosindicalistas moderados de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Conviene tener en consideración que el carácter “frentista” del MSC permitía que las organizaciones integrantes mantuviesen su autonomía. Aquella heterogeneidad se diluyó, sin embargo, tras la pronta incorporación en el interior de nuevas generaciones que no habían militado políticamente durante la guerra ni habían vivido la revolución de cerca, contribuyendo a la homogenización del movimiento, que alcanzó sus mayores cuotas militantes en el entonces reducido mundo universitario.

Las tareas de dirección y representación política quedaron reservadas a los organismos creados en el exilio. En el interior, las nuevas generaciones tuvieron una actividad notable a través de la Federación de Estudiantes Socialistas (FES). Ésta se sumaría al *Front Universitari Català*, una agrupación que integraba antifranquistas de diversa procedencia ideológica y que participaría en la *Aliança de Partits Republicans Catalans* en diciembre de 1945,³ más conocida como “Comité Pous i

² Carta de Josep Rovira al Comité del Interior del POUM del 8 de diciembre de 1944, recogida en *Els orígens del Moviment Socialista de Catalunya*. Fundació Rafael Campalans, 1995, p. 30. Original en catalán.

³ Integrada por *Unió Democràtica de Catalunya* (UDC), *Acció Catalana Republicana*, ERC, MSC, *Estat Català*, *Partit*

Pagès”, recogiendo el nombre de quien fue su único dirigente. Desde aquella plataforma se propugnaba el derrocamiento del régimen, la liberación de Cataluña y el restablecimiento provisional de la legalidad republicana y estatutaria a la espera de constituir una III República española profundamente federal. La actividad de dicho comité se vio muy afectada por la represión policial que padecieron todas las fuerzas antifranquistas a lo largo de 1946 y 1952, año en que la muerte de Pous i Pagès comportó la desaparición del comité.

Aunque quienes se autocalificaban como “socialistas catalanes” afirmaran que “lucharemos encarnizadamente para que el año 1947 sea el último año del fascismo en España”,⁴ la progresiva aceptación internacional de la dictadura franquista que conllevó el inicio de la llamada Guerra Fría, truncó toda posibilidad de acabar con el Nuevo Estado. Además, la desactivación de “la causa” de Juan de Borbón –al que se aspiraba a convencer para dirigir una monarquía parlamentaria– después del referéndum de la Ley de Sucesión de 1947, desorientó a aquellos dirigentes que habían jugado la carta de don Juan, y se sumieron en un notorio pesimismo (J. Sánchez Cervelló, 2011, pp. 95-96). En la profundización de la crisis interna de los partidos antifranquistas –de la que algunos ya no se recuperarían– la característica más común sería la de un evidente distanciamiento entre las direcciones del exterior que mantuvieron, como en el caso del PSOE, una lógica política republicana y las del interior que valoraban como caducas las estrategias que se les exigían desde el exilio. Los brutales efectos de la represión policial entre 1946 y 1952, así como las consecutivas caídas de militantes durante el resto de la década de 1950, tampoco ayudaron.

El MSC no se escapó de la convulsión: ante la ofensiva policial, surgió la propuesta de variar su estructura buscando hacerse más resistente frente la represión. Concretamente, y sin modificar los objetivos de reagrupación socialista, el sector del interior liderado por Josep Pallach propuso la adopción de estructuras de partido en el marco del III Congreso del Interior de marzo de 1949. Tres meses después, y a pesar de la radical oposición de Rovira a realizar aquel paso, más partidario de mantenerse como movimiento, se abrió el camino a la adopción del nuevo tipo de organigrama en el VI Consejo de Coordinación del MSC en Toulouse, en el que se sustituyó el *Consell General* por el *Consell Directiu*, formado por treinta miembros: quince del interior, diez de Francia y cinco del resto de países, todos sudamericanos. La evolución del organigrama culminó en 1950 con la creación de un *Consell Executiu* de tres miembros –Pallach, Iborra y Brufau– que sustituía al *Secretariat* y tenía la sede en París, y la aprobación de un programa de cuatro puntos en el VIII *Consell de Coordinació* de noviembre de 1950, en el cual el PSC de México abandonó el MSC por divergencias ideológicas y se produjo la salida de Josep Rovira y su sector del *Consell General*, hecho que coadyuvó a la reorganización del partido.

Sus puntos elementales eran: 1) eliminación de las desigualdades económicas y las injusticias sociales; 2) afirmación y reconocimiento de los derechos nacionales de Cataluña; 3) adscripción y fidelidad a los principios de la democracia y 4) cooperación en toda empresa federativa que reconociera la igualdad de derechos nacionales y que condujera a la unidad europea y la participación en los Estados Unidos Socialistas de Europa con vistas a la paz universal y a la fraternidad socialista de todos los pueblos. Como puede observarse, el tercer y, sobretudo, el cuarto punto cerraban la puerta a una potencial alianza con los comunistas.

Serra i Moret, que entonces ya se había incorporado al MSC, definiría años más tarde en la revista *Ibérica* cuál era concretamente el “carácter socializante” que adoptó el MSC en 1950. Se trataba de una línea próxima a la del laborismo británico, alejada del socialismo radical francés, alemán o italiano: “orientación que se da en las corrientes económicas y en los actos de gobierno que, sin ahogar la economía libre, le dan sentido de comunidad social y de sana justicia distributiva” (J. L. Martín Ramos, 1994, p. 59). Los contactos entre el MSC y el *Labour Party* serían, de hecho, constantes a lo largo del franquismo. Cuando en noviembre de 1962 la policía detuvo a cincuenta y un socialistas vinculados al PSOE, UGT y MSC,⁵ la dirección del exilio envió al secretario

República d'Esquerra, Front de la Llibertat, el Front Nacional de Catalunya (FNC) y el sector anticomunista de la *Unió de Rabassaires*, pero que excluía al PSUC.

⁴ *L'Espurna*, nº6, julio de 1947. Recogido en A. Jarne y P. Juvillà (2014, p. 49). Original en catalán.

⁵ “El procés contra els Socialistes de l'Interior”, *Endavant*, noviembre de 1962.

internacional del *Labour Party*, David H. Ennals, a Madrid para que estuviese presente en el juicio con el fin de concederle una connotación internacional al proceso.⁶

La dirección del MSC había tomado la decisión de integrarse en la política de “tercera fuerza” que estaban llevando a cabo algunos partidos socialistas de Europa occidental y que el MSC adoptó en 1949. Aunque no tardase en caer en desuso, aquella política pretendía crear una fuerza de democracia socialista europea garante de la paz, que se mantuviera al margen de los Estados Unidos y, especialmente, de los países del Este. Justamente, el anticomunismo sería uno de los elementos distintivos del MSC del exterior, que rechazaba la incorporación de fuerzas para ellos no-democráticas –es decir, comunistas– en los pactos antifranquistas que se fueran realizando: “es cierto que no rechazamos ningún posible aliado, a condición que acepte el derecho del pueblo a expresar libremente su voluntad, cosa que excluye naturalmente a los totalitarios”.⁷ Como veremos, el creciente peso del PSUC en el interior y la adopción de estrategias más vinculadas a la realidad social catalana provocaron que posteriormente la dirección optara por revisar aquella política de alianzas, cosa que acabaría siendo fatal para la unidad orgánica del MSC.

La ideología del nuevo partido se fue concretando a lo largo de la década de 1950, en que en el interior se consiguió una escasa pero bien repartida presencia clandestina en territorio catalán, terreno en el que Josep Pallach asumió el liderazgo una vez desplazado Rovira. Pallach pretendía potenciar territorialmente al MSC en un momento en que la política de alianzas había perdido fuerza ante la necesidad de readaptación a las nuevas circunstancias de todas las fuerzas antifranquistas. La aprobación del *Projecte de proclamació* el 23 de septiembre de 1951 supondría el primer hito en la revisión ideológica del MSC.⁸ En él se realizaba una apuesta clara por la autodeterminación de Cataluña y por la socialización de la economía. El MSC aspiraba a ser “el partido de los trabajadores y el instrumento político del proletariado catalán asociado a las fuerzas democrático-socialistas internacionales”. Teniendo la consecución de la libertad democrática como objetivo primordial, se elaboraba un programa basado en la economía mixta: la nacionalización del crédito, las comunicaciones y el transporte, la energía y la minería, los seguros sociales y la educación. Se pretendía implantar una “política antimonopolista, con la finalidad de conseguir la socialización de las riquezas naturales y de los instrumentos de producción e intercambio” (I. Molas, 1994, p. 64). Animados por los contactos internacionales que tenía la dirección –sobre todo en Inglaterra y con los socialistas franceses–, el MSC solicitó ser admitido en la Internacional Socialista en 1951, que sólo aceptaba una plaza por Estado, en el caso español ya cubierta por el PSOE. Ante el evidente conflicto de intereses, el MSC retiró la demanda (aún no contestada) y se limitó a adherirse a sus principios.

En el aspecto sindical, el MSC acordó en 1950 con la FSC-PSOE⁹ reorganizar la UGT en Cataluña –actividad que, paralelamente, venía realizando el PSUC en solitario. A través de este sindicato, el MSC participó en la huelga general de 1951.¹⁰ La vía sindical era considerada, una vez superada la etapa de las alianzas políticas, como una pieza clave, al ser interpretada como la principal vía de movilización obrera hacia la oposición nacional catalana. La caída de Tomás Centeno, dirigente de la UGT en Madrid el año 1953, acarrió por efecto dominó la de once miembros del MSC, entre ellos Ramon Porqueras, dirigente del interior, que fue sustituido en el cargo por Joan Reventós.

El “elemento obrero” no era, pese a sus pretensiones, el principal del MSC, que tenía mayor incidencia en el ámbito universitario. Este hecho ayuda a explicar que nunca fuera una organización que contara con una importante base de militancia, “ni siquiera en los parámetros de organizaciones clandestinas [...], pero habría tenido una constante presencia política en medios

⁶ “El MS de C remercia al Labour Parti”, *Endavant*, marzo de 1963. Original en catalán.

⁷ Josep Pallach: “La política catalana: Les posicions del Moviment Socialista de Catalunya”, *Endavant*, noviembre de 1956. Original en catalán.

⁸ “Proclamació aprovada pel Consell de Coordinació”, *Endavant*, septiembre-octubre de 1951.

⁹ La FSC-PSOE no se había incorporado al MSC a la espera de que se produjera una reunión, que no se llegó a realizar, entre este y el PSOE para precisar qué tipo de relación mantendrían ambas fuerzas.

¹⁰ *Endavant* dedicó toda su edición de marzo de 1951 a los sucesos de Barcelona, así como sucesivos reportajes en los siguientes números.

profesionales y universitarios” (J. L. Martín Ramos, 2001, 926). Este predominio del elemento cualitativo sobre el cuantitativo debe ser una constante a tener en cuenta a la hora de valorar la incidencia del MSC y de los partidos que surgirían de él dentro los organismos unitarios antifranquistas hasta 1976. El 21 de febrero de 1957 militantes del MSC participaron en la *Primera Assemblea Lliure d'Estudiants*, en la que se pedía la supresión del Sindicato Español Universitario (SEU), libertad de asociación y expresión, la retirada de la policía de la universidad, etc. De aquella asamblea, que tuvo gran repercusión por la represión posterior hacia sus novecientos participantes, salieron las nuevas sinergias entre fuerzas de izquierda que llevaron a la formación durante el curso 1957-1958 de la *Nova Esquerra Universitària* (NEU) i de “organismos clandestinos que aseguraran la continuidad de la lucha, centrada en la ofensiva contra el SEU y la participación en acciones de protesta política general” (B. de Riquer y J. B. Culla, 1989, p. 218), como fue el *Comitè de Coordinació Universitària*, creado durante el curso 1958-1959 e integrado por el PSUC, el MSC y la NEU. El socialista Joan Reventós y el comunista Manuel Sacristán colaboraron en la redacción del manifiesto que inspiró el nacimiento de la coordinadora. Este episodio hizo tomar consciencia a Reventós de la utilidad táctica que podía llegar a tener trabajar junto a los comunistas. (A. Claret, 1977, p. 34).

La firma en condiciones de igualdad por parte del MSC en 1957 del Pacto de París promovido por el PSOE, que preveía la formación de un gobierno provisional democrático, elección por referéndum entre monarquía o república como forma de Estado, y la posibilidad de que vascos y catalanes decidieran sobre el contenido de sus aspiraciones autonómicas, suponía la aceptación implícita por parte del PSOE de la existencia de un partido socialista propio en Cataluña (G. Rubiol, 1995, p. 27). La debilidad del PSOE derivó en una práctica inexistencia después de las detenciones de noviembre de 1958, en las que fueron detenidos los principales líderes de los socialistas españoles en la clandestinidad –Martín Santos, Amat, Román, etc.–, con las que “el partido del interior en cuanto organización unitaria dejó de existir y se multiplicaron los problemas de coordinación entre las distintas federaciones” (S. Juliá, 1997, p. 360). Dicha caída terminó comportando la de dieciséis militantes del MSC en el interior, entre ellos miembros destacados como Joan Reventós, Miquel Casablanca o Salvador Clop, cortando, de nuevo, la progresión del partido.

3. Entre la dictadura del proletariado y la democracia social

Tras la debacle de 1939, la obediencia soviética del PSUC ayudó poco a la unidad antifranquista. Como recuerda Paul Preston (2013, pp. 134-136), “la fidelidad al estalinismo privó al partido [de los comunistas] de toda flexibilidad y plausibilidad en un momento en que la unidad de la totalidad de la oposición antifranquista era de una importancia crucial”, postura explicable porque “los comunistas españoles, al depender de la buena voluntad de la Komintern, difícilmente podían ser otra cosa que estalinistas radicales radicalmente ortodoxos”. Además, las caídas de militantes en células dispersas en el territorio catalán produjo que en 1942-1943 el PSUC como partido activo en el interior prácticamente dejara de existir, situación que utilizó el Partido Comunista de España (PCE) para reorganizarse en Cataluña con su propia militancia; operación finalmente truncada por la acción policial y por un lento pero exitoso reagrupamiento de militantes del PSUC (A. Jarne y P. Juvillà, 2014, pp. 46-47).

Durante la posguerra, los comunistas se esforzaron en captar personal entre antigua militancia dispersa, rechazando la posibilidad de aumentar músculo colaborando de igual a igual con otras fuerzas antifranquistas; en un contexto como el de posguerra, ciertamente, vivir significaba sobrevivir (C. Mir, 2000). Tras la derrota, la animadversión entre los antiguas formaciones del Frente Popular era total:

Es necesario que se diga bien claro que la vieja alianza política ya no existe, que el Frente Popular ha muerto. [...] ya no tiene ninguna vitalidad porqué la alianza que representaba, en Cataluña, de los catalanistas de izquierda [ERC] con los anarquistas y los comunistas ha caducado y ha perdido toda fuerza.¹¹

¹¹ *El Poble Català*, nº10, 10 de diciembre de 1939. Original el catalán.

Además, el hecho de que el MSC viniese a vindicar el espacio político de la USC –partido formalmente integrado en el PSUC cuyo secretario general era el propio líder del PSUC, Joan Comorera– no hacía que la actitud de los comunistas hacia ellos fuese amable en absoluto. Mientras sí se mantenían reuniones con anticomunistas declarados de ERC y militantes del POUM, el MSC era excluido. El motivo aducido por los comunistas era el de contar únicamente en el “frente antifascista” con formaciones preexistentes a julio de 1936: “esto, como es natural, no afecta a nuestro P[artido] si no que se refiere al Moviment Socialista, P[artido] Laborista y toda esta purria”.¹² En un informe de 1948 el PSUC establecía entre sus objetivos prioritarios el de evitar que “la masa semiproletaria mercantil, funcionarios, menestrales, pequeña burguesía sirva de base social para la creación de un P[artido] socialista catalán”. Para evitarlo, el PSUC debía atraerse “esa masa a través de organizaciones de masas; deportes, sociedades de recreo, etc. controlados y dirigidos por el P[artido]”.¹³

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) celebrado en Moscú en enero de 1956, ciertamente tuvo una trascendencia que ultrapasó con creces el Telón de Acero. En Europa occidental y, en el caso que nos atañe, en el Estado español el congreso de la “desestalinización” significó un profundo cambio en la política de los comunistas españoles con el fin de adaptarla a la realidad concreta, la de una dictadura consolidada que, contra todo pronóstico, no sólo había sobrevivido a la época de los fascismos, sino que había conseguido consolidarse. Si bien el horizonte de la utopía realizable –y realizada– en la tierra que encarnaba la URSS nunca desapareció del imaginario comunista (X. Domènech, 2009, pp. 93-138) el XX Congreso representó una ruptura en el universo simbólico comunista y abrió el debate de la vía nacional al socialismo (C. Molinero y P. Ysàs, 2011, pp. 15-16).

Pese a ello, puede afirmarse que el PCE vivió la crisis de 1956 con cierta lejanía. No dejaba de ser un debate político de escasa relevancia para la militancia que luchaba contra el franquismo en unas condiciones profundamente adversas. Sin embargo, 1956 tendría también una significación propia. No sólo sería el año de un relevo generacional en la dirección del PCE en el exilio, con la sustitución de Dolores Ibárruri –*Pasionaria*– al frente del Comité Central por Santiago Carrillo y Fernando Claudín, sino que también fue el año en que se celebró el I Congreso del PSUC, el cual nombró a Gregorio López Raimundo como su responsable principal y a Josep Moix como a Secretario General. En ese momento se decidió una arriesgada apuesta que, como veremos, resultaría central a largo plazo: trasladar la dirección del partido a Barcelona.

Ese cambio en el seno del PSUC no era tanto producto de un voluntarismo como sí de la lectura –acertada– de que algo estaba cambiando en la sociedad española, en la cual Cataluña ocupaba resueltamente una posición de vanguardia. Su interpretación de las protestas estudiantiles de 1956 y 1957, protagonizadas por una joven generación menos condicionada por la Guerra Civil,¹⁴ les hizo comprender el elocuente cambio de contexto en el que el caballo de batalla ya no debía entenderse como la confrontación entre fascismo y antifascismo, sino entre dictadura y democracia (C. Molinero, 2007, pp. 201-225). A partir de la política de *Reconciliación Nacional* lanzada en ese congreso, los objetivos más inmediatos para los comunistas españoles y catalanes pasaban por el derribo pacífico de la dictadura, la implantación de una democracia y la recuperación de las libertades nacionales de Cataluña. El antecedente de la nueva política la encontramos en el cambio táctico de 1948, momento en que se dio por agotada la resistencia armada, cuya “dirección en Barcelona es eficiente”, no habiendo, sin embargo, “conseguido que la voluntad guerrillera penetre

¹² Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Nacionalidades y Regiones, Cataluña (PSUC), *Informe al Secretariat del P. pel responsable de la CCA sobre els treballs realitzats durant aquest mes per la mateixa*, agosto de 1946, jacq. 326, p. 1. Original en catalán.

¹³ Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fondo PSUC, *Sobre el Partido*, 1948, caja 407, carpeta. 15. Original en catalán.

¹⁴ El primero de abril de 1956 apareció un manifiesto en la Universidad de Madrid atribuido a Jorge Semprún que empezaba con un indicativo “Nosotros, los hijos de los vencedores y los vencidos...”. Si bien dicho documento antecedió a la resolución de la *Reconciliación Nacional*, Molinero e Ysàs (2011, pp. 20-21) identifican que muy probablemente la formulación que venía perfilando el PCE desde el año anterior socializó entre los estudiantes y no que el PCE adoptase dicha política a raíz del manifiesto.

en el campo catalán”.¹⁵ Por otro lado, concluían que resultaba imprescindible la acción unitaria, por lo que, perentoriamente, los comunistas debían romper el aislamiento político al que se veían sometidos.

El PSUC hizo un llamamiento a “las generaciones que han surgido a la vida después de 1939 [que] no comprenden ni aceptan que se mantenga como línea divisoria de los catalanes el lado dónde combatieron durante la guerra civil. Tampoco no saben ni quieren saber qué rivalidades enfrentaron a veces [...] las organizaciones obreras y republicanas”.¹⁶ Esta llamada a la reconciliación de las fuerzas antifranquistas fue recibida de manera muy fría desde la dirección exterior del MSC, que no dudaría en calificarla públicamente de “trampa” y alegar que el poco talante democrático de los partidos comunistas les impedía negociar estrategias junto a ellos:

Si algún partido demócrata cae en la trampa del Frente Popular, está perdido. Y perdido estará Occidente si da apoyo a la propaganda soviética, adhiriéndose. Sé positivamente que la capacidad de acierto de los Estados Unidos es nula. Y aquí está el peligro. Pero hay una esperanza; la clase obrera organizada y sus partidos socialistas de todo el mundo, que no harán el juego a los comunistas. De hacerlo, decretarían su muerte.¹⁷

Todo intento de democratización nos encontrará atentos pero no ingenuos. Y a los que entretanto nos pidan la unidad les contestaremos con la respuesta de los dirigentes laboristas: que empiecen a hacer la unidad en los países del Este, liberando a los dirigentes socialistas encarcelados, permitiendo la organización de las distintas corrientes democráticas y obreras, asegurando las libertades sindicales y el ejercicio de las libertades democráticas [...] la unidad comunista es o una mentira, o una inquietud nacida de la presión interior de los trabajadores de los países sometidos a la dictadura. En ambos casos nuestra obligación es [...] denunciar con coraje esta nueva crisis, para conseguir precisamente que un día el movimiento obrero internacional reencuentre los valores de Libertad y de Justicia que Stalin y sus colaboradores embarraron en todo el mundo.¹⁸

Esa actitud es explicable porque “el resto de fuerzas demócratas españolas respiraban el ambiente de anticomunismo propio de la Guerra Fría, y todavía no se había rebajado el resentimiento que les inspiraba la prepotencia que había mostrado el PCE a lo largo de la década anterior”. Y además, “toda desestalinización que se llevara a cabo afectaría las directivas políticas, pero no la estructura interna del partido” (P. Preston, 2013, p. 192).

Como resulta imaginable, a juzgar por las declaraciones de los líderes en el exilio del MSC, para los comunistas fue una ardua tarea lograr romper el aislamiento practicado por el resto de fuerzas democráticas. En 1958 se constituyó el *Consell de Forces Democràtiques de Catalunya*, integrado por republicanos de izquierdas, democratacristianos y el MSC. Pese a ello, el *Consell* tenía una influencia mínima y representaba más una voluntad de ser que lo que fehacientemente era. Los motivos de exclusión del partido comunista seguían siendo los mismos: resentimiento proveniente de la experiencia de la Guerra Civil y una absoluta desconfianza hacia la praxis comunista, “incompatible” con la de las fuerzas socialistas y democráticas:

Estas dos concepciones –Socialismo y Comunismo– salidas del mismo tronco ideológico y teóricamente harmónicas, son, hoy por hoy, a nuestro entender, totalmente incompatibles. Nos separan muchas cosas, pero, fundamentalmente, el respeto a la libertad y a la personalidad humana.

[...] en cuanto a las posibilidades de integración de fuerzas dentro de una sola organización ya hemos pasado por la experiencia dolorosa del PSUC.

[...] La estafa hecha a la mayoría de socialistas catalanes –los comunistas no representaban ni el diez por ciento– sólo ha podido ser rectificada, en parte, en el exilio y en el interior, una vez acabada la guerra. [...] Aquellos que se sientan afines a las directrices comunistas y a sus métodos de acción,

¹⁵ ANC, Fondo PSUC, *Informe*, 25 de diciembre de 1946, caja 407, carpeta 15. Original en catalán.

¹⁶ “La reconciliació necessària”, *Treball*, diciembre de 1956. Original en catalán.

¹⁷ Pere Foix: “Els comunistes i la pau”, *Endavant*, junio de 1956. Original en catalán.

¹⁸ Josep Pallach: “La crisi del món comunista”, *Endavant*, junio de 1956. Original en catalán.

que se incorporen a sus organizaciones. Quienes quieran luchar para derribar la tiranía que impera en nuestra casa, sin hacer el juego a ninguna otra dictadura, que quieran un régimen de libertad democrática y transformación social, que vengan a enrolarse a las filas del socialismo.¹⁹

Pese a todo esto, el PSUC siguió contando en sus acciones con militantes del MSC del interior y del *Front Obrer de Catalunya* (FOC), que veían en los comunistas una organización capaz de movilizar amplias capas de la clase trabajadora y contar con una buena nómina de intelectuales en las universidades. La exclusión de este *Consell*, por insignificante que pudiese resultar tal organismo, resultaba un grave obstáculo para el desarrollo de la política de reconciliación que se había propuesto el partido de los comunistas. Sin embargo, el *status* del PSUC como partido del “antifranquismo realmente existente” hizo que pronto cambiasen las tornas y los comunistas rompiesen la cuarentena impuesta por las circunstancias de la Guerra Fría (C. Molinero y P. Ysàs, 2012, p. 139). Y es que a pesar de todas las dificultades habidas, el profundo cambio en el PSUC le hizo coincidir en las luchas concretas con activistas obreros católicos, lo cual aportaba mayor credibilidad a su política de *Reconciliación Nacional* y contribuía, a su vez, a extender el movimiento antifranquista. El resultado fue un aumento de la afiliación al partido y un mayor arrinconamiento de los debates anticomunistas propios de la Guerra Fría, dada la situación de excepción del caso español.

4. Socialistas y comunistas en el antifranquismo

En 1959 el PSUC contabilizaba 265 militantes, aunque sólo 117 estuviesen realmente organizados. Sin embargo, en 1962 solamente la provincia de Barcelona contaba ya con más de un centenar de militantes que irían creciendo en número hasta finales de los setenta (X. Domènech, 2008b, p. 49). Asimismo, el MSC concentraba su grueso militante entre el movimiento universitario concentrado en Barcelona-ciudad, mientras que los comunistas llegarían a contar con organización activa en el 68% de los municipios catalanes y en el 37% de las poblaciones de menos de 5.000 habitantes, según datos de la campaña de afiliación de 1970.²⁰ Este hecho forzosamente influyó en la pluralidad de la militancia comunista: mientras algunos comités locales o comarcales hacían llamamientos a la “clase proletaria”, otros interpelaban a “los sectores progresistas” de la sociedad, lenguaje que no podemos dejar de tener en consideración.²¹

La participación de distintos grupos socialistas –aunque *Endavant* elidiese la participación con los comunistas²² en las Jornada de Reconciliación Nacional y la Huelga Nacional Pacífica de mayo de 1958 y junio de 1959, respectivamente, representaron una primera ruptura del “cordón sanitario” impuesto al PSUC y, de hecho, le situó si no aún en un plano central de la lucha antifranquista, sí en una situación ventajosa en la misma pese al fracaso de los objetivos que éstas convocatorias tenían planteados. La presencia del FOC, el MSC o la Agrupación Socialista Universitaria (ASU), entre otros, proyectaba una pluralidad en el antifranquismo imprescindible para iniciar la confluencia en futuras acciones unitarias. Aun así, desde el exterior se intentaba todavía desvincular a los comunistas de los socialistas en aquellas acciones: “Para evitar toda confusión y para desenmascarar a los impostores, declaramos públicamente que ni la Unión General de Trabajadores de España ni el Partido Socialista Obrero Español participan en esa operación de propaganda que ha montado el Partido Comunista español en beneficio propio”.²³

¹⁹ Joan Gilabert: “La unitat socialista”, *Endavant*, febrero de 1958. Original en catalán.

²⁰ ANC, Fondo PSUC, *La campanya per un Partit més fort i arrelat a les masses i el treball d'organització*, 1970, caja 407, carpeta 15, p. 5. La exhaustividad de los datos presentados en la llamada “campaña leninista” permite dar crédito al recuento de militancia del PSUC.

²¹ Compárese por ejemplo los panfletos de poblaciones del Baix Llobregat o Baix Ebre con las del Baix Tordera en el fondo del PSUC del ANC.

²² “Ciutadans! Treballadors”, *Endavant*, junio de 1959.

²³ “Declaración del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores”, *El Socialista*, 11 de junio de 1959.

1962 marcó el final de una etapa para el movimiento obrero iniciada en 1956. La aprobación de la Ley de Convenios Colectivos en 1958 y su posterior extensión por todo el territorio –no sólo en las grandes empresas– acabó con el *modus operandi* de la clase obrera de provocar huelgas por amotinamiento con el fin de conseguir mejoras salariales. (X. Domènech, 2008, pp. 54-68). Aquel año nacería también el nuevo instrumento de lucha de carácter unitario, las Comisiones Obreras (CCOO). En 1964 estas llegaron a Barcelona y a lo largo de los dos años siguientes se extendieron por todo el cinturón metropolitano y buena parte de Cataluña. A pesar de esta puesta en marcha de sinergias en el interior entre comunistas y otras fuerzas, en 1962, cuando se celebró el IV Congreso del Movimiento Europeo en Múnich, que sirvió como punto de encuentro para ciento dieciocho asistentes españoles, tanto exiliados “rojos” como miembros de la oposición “blanca” residentes en el interior –des de socialistas a liberales, pasando por conservadores y demócratacristianos–, los comunistas fueron excluidos. La oposición “visceral” de personajes como Gil Robles y Enric Adroher –*Gironella*–, ex-miembro del POUM, a la presencia de representantes del PCE o el PSUC en esta reunión fue uno de los motivos de esta ausencia,²⁴ aunque ésta también se explica por diferencias ideológicas como el rechazo comunista al Mercado Común Europeo, que contaba con el favor y compromiso de todos los otros grupos reunidos (P. Preston, 2013, p. 263).

Pese a todo, los contactos entre socialistas y comunistas aumentaban, aunque no siempre de un modo diáfano. En *Endavant* encontramos un artículo que ejemplifica muy bien la actitud ambivalente del MSC hacia el PSUC a principios de la década de 1960 y, seguramente, el aumento del papel protagonista de los comunistas en las acciones de protesta antifranquista; se empezaba a aceptar la participación en las mismas acciones, pero nunca en colaboración, “sin mezclar”:

[...] cuando la acción huelguística o ciudadana, o nacional, tiene objetivos claros, definidos abiertamente y autónomamente por las fuerzas democráticas no vemos ningún inconveniente en la participación de los comunistas en estas acciones. Pero con claridad, cada uno siendo quien es. Y sin mezclar. Con las propias banderas. Las nuestras todo el mundo sabe cuales son. No las confundiremos nunca con las de los otros. ¿Entendido?²⁵

En una reunión celebrada a finales del año 1960 entre militantes del PSUC y del MSC se destacaba que había sido un “Encuentro cordial”, y aunque el informante comunista confiaba en “un cambio de actitud hacia nosotros”, se lamentaba al descubrir que “no es así”. Sin embargo, algo parecía haber cambiado en el MSC: mientras que en anteriores ocasiones el anticomunismo aparecía como algo consustancial a la formación, en aquella ocasión los socialistas aceptaban “como una realidad que deberán discutir y coordinar la acción con nosotros”, los comunistas, mientras se aducía que los socialistas catalanes “no pueden despegarse de sus tropas y de sus aliados, en los cuales [...] el anticomunismo es muy fuerte”; llegando a tildar a liberales y demócratacristianos de “anticomunistas de vía estrecha”.²⁶ Sin duda, la realidad social imponía un cambio de actitud en el MSC si deseaba tener incidencia.

La movilización obrera de inicios de los sesenta alentó a otros sectores sociales a sumarse al antifranquismo –especialmente intelectuales y estudiantes. De esas fechas datan publicaciones como los *Quaderns de Cultura Catalana*, impulsados por Josep Fontana, o *Nous Horitzons*. Estas publicaciones pronto se convirtieron en espacios con una influencia notoria más allá de los círculos comunistas, cosa que facilitó la elaboración de una política propia del PSUC respecto al PCE; y por lo tanto del antifranquismo catalán respecto al del resto del Estado. Los intelectuales encontraban cabida en ellas a sus aspiraciones de erudición en temáticas consideradas centrales para todo comunista como la confluencia entre marxismo y cuestión nacional, la vía pacífica al socialismo, la concepción de la dictadura del proletariado, la coexistencia pacífica o las críticas realizadas por el

²⁴ Sólo asistieron “de manera tan efímera como desapercibida” Juan Gómez –Tomás García– y Francesc Vicens, del PSUC, que no llegaron a participar en las sesiones oficiales, aunque se encontraran en el hotel donde se celebraban. (P. Preston, 2013, p. 264).

²⁵ “La unitat, els comunistes i nosaltres”, *Endavant*, diciembre de 1963. Original en catalán.

²⁶ AHPCE, Regiones y Naciones, Cataluña (PSUC), *Entrevista celebrada el 5-12-60 por G. y A. con 1 y 2 del Moviment Socialista de Catalunya*, caja 64, carpeta 19, pp. 1-2.

Partido Comunista chino; cuestiones todas ellas vistas como “centrales de cara al futuro del mundo, que se quería socialista” (C. Molinero y P. Ysàs, 2011, pp. 33-35).

La política de alianzas del PSUC encontró en el movimiento universitario un campo de trabajo idóneo. Basta contemplar los fondos del PCE en su archivo histórico para comprobar la centralidad que el movimiento universitario ocuparía de 1957 en adelante. Des de 1958 los comunistas se habían convertido en el grupo hegemónico en la *Universitat de Barcelona*, pero en ese espacio confluían con otros movimientos no marxistas que era calificados de burgueses: UDC, el FNC, el católico CC, y otros considerados socialdemócratas como la NEU y, sobretudo, el MSC. Para el PSUC este último era visto como un grupo poco numeroso pero ciertamente influyente dada su posición “frentista”. NEU era considerada como la sección estudiantil del FOC y estaba formada mayoritariamente por católicos progresistas, pero su autonomía operativa era escasa, ya que a la práctica actuaban siempre a remolque del MSC (*Ibid.*, pp. 36-37). La universidad anterior a 1965 era un espacio reducido donde se conocía a todo el mundo, y especialmente entre los activistas. La fluidez de las relaciones personales procedentes de círculos sociales bastante homogéneos favorecía los contactos y la extensión de la solidaridad antifranquista. Además, cabe considerar que, dadas sus características, el componente ideológico todavía era subsidiario y el activismo y ubicación política eran mayormente producto de los círculos de amistad, como veremos más adelante. Sin embargo, en 1965 empezó un proceso de mutación y cambio social en la universidad que ensanchaba la procedencia social de los estudiantes. Ello produjo el aumento de la disponibilidad entre los estudiantes para las protestas concentrado en un breve período de tiempo, dada su creciente radicalización este proceso se vivió incluso de forma acelerada y cuasi frenética. En marzo de 1965 cerca de 5.000 estudiantes celebraron una asamblea tras la que iniciaron una marcha hacia el centro de Barcelona reclamando libertades democráticas y sindicatos libres. La propuesta inicial de desbordar el SEU fue superada con creces, cosa que les impulsó a la creación de un verdadero sindicato unitario, horizontal y democrático, el *Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona* (SDEUB).

En abril de 1965 el PSUC propuso a las fuerzas políticas y sociales de Cataluña la elaboración de un programa de acción común en el que figuraran como ejes básicos la constitución de un Consejo Provisional de la Generalitat, encargado de gobernar –una vez producida la ruptura con la dictadura– durante el período de transición de acuerdo al Estatuto de Autonomía de 1932, a espera que se elaborara un nuevo Estatuto. La centralidad que dicha estrategia otorgaba al autogobierno catalán facilitó notoriamente el acercamiento de otras fuerzas políticas y significó un impulso a los movimientos sociales y a la centralidad de la política unitaria en Cataluña, cosa que no ocurría en absoluto en el resto del Estado español (P. Ysàs, 2013, p. 276).

Resulta indicativo sobre la concepción de la lucha contra el franquismo en Cataluña, que el primer gesto realmente unitario, y que conllevaría la constitución final de la primera plataforma unitaria –la *Taula de Forces Polítiques*–, saliese a raíz de la manifestación del 11 de septiembre de 1967 en Barcelona. Ésta había sido promovida por el PSUC ante la negativa inicial del FNC y UDC, los cuales pretendían sencillamente repartir octavillas entre los viandantes en el centro de la ciudad. Previamente, hubo una curiosa discusión sobre el uso del catalán y el castellano en la edición de los panfletos llamando a la manifestación, ya que el PSUC proponía hacerlos bilingües pero los sectores nacionalistas se negaron. Paradójicamente, y a pesar de haberlos redactado finalmente en catalán, a la manifestación básicamente acudieron obreros que gritaban las consignas de reivindicación nacional de Cataluña en castellano, mientras que FNC y UDC ni siquiera acudieron a la manifestación. Para el PSUC aquella efeméride resultó central, ya que permitió superar definitivamente la etapa de marginación que los comunistas habían encontrado entre el resto de fuerzas antifranquistas catalanas. Además, demostraban que era imprescindible contar con ellos para cualquier acto reivindicativo de masas y, al mismo tiempo, dejaban constancia fehaciente de su consecuente política de luchas sociales y nacionales:

[...] representa un grado de comprensión elevado de nuestros militantes ante el problema nacional [...]. Ante las otras fuerzas esto va a reforzar nuestra autoridad en un grado nada desdeñable, ya que no estará ausente de sus reflexiones que el 11 de septiembre del año pasado [1966] no hubo nada.

[...] en la valoración política de la acción pensamos incidir sobre todas las cuestiones políticas que quedan en pie y sobre la necesidad de ir al programa mínimo unitario.²⁷

Los comunistas en Cataluña conseguirían en gran medida el objetivo propuesto por Santiago Carrillo de aunar en un único “frente laborista amplísimo” a buena parte de las clases populares,²⁸ asemejándose a los partidos-sociedad obreros de inicios del siglo XX y a las formaciones comunistas de la resistencia en la segunda posguerra mundial; objetivo que ansiaba el MSC desde de misma creación (M. Flores y N. Gallerano, 1992; C. Molinero y P. Ysàs, 2011, pp. 139-140). Conviene señalar, sin embargo, que si bien los logros de las CCOO en la industria, del movimiento estudiantil en las universidades y de la generalización exitosa de ese “frente de las fuerzas del trabajo y la cultura” a través de movimientos de profesionales y la organización en los barrios urbanos, en el medio rural catalán las Comisiones Campesinas y los posicionamientos comunistas tuvieron problemas de asentamiento destacables que pueden ilustrar esa difícil relación entre socialistas y comunistas que estamos analizando aquí. Por un lado, la militancia tenía que sortear la omnipresente represión del régimen, pero por otro, encontramos problemáticas derivadas de la Guerra Fría y, particularmente, de los sucesos de la no tan lejana Guerra Civil.

Pese a la experiencia frentepopulista española y la lucha antifascista en toda Europa, algunos campesinos de adscripción socialista consideraban que los “comunistas eran dictadores también, y a mí de dictadura ya me bastaba con la de Franco”.²⁹ Si bien los fundamentos de “dictadores” deberían haberse mitigado desde el XX Congreso del Partido Comunista soviético en febrero de 1956, esta imagen *chekista* seguía muy presente —y por lo tanto operó políticamente— en el imaginario colectivo de amplios sectores de la izquierda anticomunista. Está por ver si estos imaginarios guardan relación con la experiencia de las colectividades campesinas durante la revolución de 1936 o si más bien son el subproducto cultural del mundo bipolar en que las invasiones de Budapest y Praga —ampliamente difundidas por la prensa española—³⁰ actuaban como la confirmación fáctica de la herencia de Stalin nunca resuelta por los comunistas.

El espectáculo de millares de manifestantes resueltos a asaltar el vecino local de L’Humanité nos resultaba a los dos chocante y penoso. El barrio había sido acordonado por la policía y, al bajar a curiosear a la calle, descubrí a uno de los compañeros de lucha de Reventós y Pallach, el sindicalista Ramon Porqueras, gritando consignas anticomunistas. (D. Ballester, 2010, p. 27).

Sin embargo, es justo afirmar que la militancia de base tenía unos conocimientos superficiales sobre la socialdemocracia o el marxismo-leninismo y su militancia se explica en términos de operatividad política, entornos cercanos y asunciones genéricas sobre la imagen democrática o igualitaria que transmitían los países occidentales o la URSS, más que en haber llegado a la conclusión que las líneas políticas del MSC o el PSUC eran las que mejor representaban sus ideales e intereses. En el testimonio de Fernández Buey (2009, p. 393), que entró a militar en el PSUC en una célula en la Facultad de Letras de la *Universitat de Barcelona* en 1963, vemos que debe mitigarse aquella imagen consciente y “poco demócrata” de los comunistas, puesto que formaba parte del acervo y experiencia militante comunista de la época:

²⁷ AHPCE, Naciones y Regiones, Cataluña (PSUC), *Carta de Luís*, 12 de septiembre de 1967, caja 57.

²⁸ Carta de Santiago Carrillo, Secretario General del PCE, a Pasionaria en 1967, reproducida en G. Morán (1986, p. 431).

²⁹ Entrevista a P.F.M. (4 de junio de 2013), jornalero, pastor y militante socialista, recogido en C. Ferrer (2014, p. 125).

³⁰ Véase a modo de ejemplo las diez páginas que dedicaba *La Vanguardia Española* el día 22 de agosto de 1968 bajo el titular: “La alevosa ocupación de Praga por las tropas soviéticas”, o los informes de matanzas en Budapest de “varios niños [...] ametrallados por los rusos” (*Abc*, 10 de noviembre de 1956, p. 23), así como las colectas que ese diario organizó al grito de “¡Católico español! Ayuda al pueblo húngaro” (*ibidem.*, pp. 25-30).

Los comunistas –*recordaba Fernández Buey*– constituíamos una especie muy particular de demócratas; éramos unos demócratas bastante especiales, pues a diferencia de aquellos que se llamaban a sí mismos “demócratas”, sobre todo en el exilio, y apenas hacían oír su voz en el interior contra la dictadura realmente existente, nosotros no parábamos de luchar contra una dictadura (fascista) y, por tanto, a favor de la democracia, pero lo hacíamos al mismo tiempo para implantar en su día una dictadura del proletariado que, según pensábamos, iba a ser más democrática que la llamadas democracias.

Aunque conviene no menospreciar el componente ideológico, en muchos casos la militancia venía definida por otros baremos. En la biografía que Ballester (2010, p. 26) hizo sobre el ugetista Ramon Porqueras, recogía que aquél, en otras circunstancias, “prácticamente seguro que yo habría sido militante comunista, en lugar de socialista [...] Yo habría ido al PSUC, al Front Nacional³¹ o donde fuera, con tal de hacer alguna cosa”, puesto que “en la clandestinidad la opción por una u otra organización obedecía a dos situaciones diferentes: o bien se seguía la tradición familiar, o bien era un poco fruto del azar/contacto personal con gente ya organizada”. Así pues, no era tanto cuestión puntillista sobre modelos de democracia, sino más bien, como recordaba el militante del MSC, Antoni Mateu Rovira, “en aquella época, yo habría ingresado en cualquier organización de izquierdas que me lo hubiera propuesto” (*Ibid.*, p. 268).

Sería, sin embargo, un error caer en la desideologización del antifranquismo, puesto que no puede entenderse tal fenómeno –de sacrificio e idealismo– sin las esperanzas de un cambio en el horizonte. Más allá de las vaguedades que el propio Fernández Buey reconocía que entre la militancia comunista tenía el término “dictadura del proletariado”, lo cierto es que la democracia formal, o democracia al estilo de Europa occidental era una referencia que no casaba en el imaginario comunista y, por lo tanto, entre el grueso considerable del propio antifranquismo. Por una parte, aquellos que habían luchado por la República en la Guerra Civil habían sentido en sus propias carnes cómo las democracias occidentales aceptaron la victoria del fascismo en el Estado español, asimismo conocían o habían sufrido el exilio en Francia y, pese haber contribuido decisivamente en la resistencia antifascista en la Europa ocupada y haber luchado en la Segunda Guerra Mundial junto a los Aliados, a muchos les resultaba incomprensible la no-intervención en España tras la derrota del nazi-fascismo en 1945. Además, en el imaginario colectivo se ubicaba a Estados Unidos como el país que encarnaba las esencias de esa democracia liberal y aquél apoyaba resueltamente la dictadura de Franco en nombre, precisamente, del anticomunismo (Fernández Buey, 2009, pp. 395-396). De modo que no resulta extraño que los militantes del PSUC mostrasen un cierto menosprecio hacia esa vanagloriada “democracia” al estilo occidental que grupos ciertamente menos activos que ellos decían defender.

No se trataba –*afirmaba Javier Pradera*– de que no nos sintiéramos *demócratas* en un sentido genérico: nuestro enfrentamiento con el franquismo era una lucha contra una dictadura que mataba gente, sofocaba libertades y oprimía a los pobres. El problema radicaba en que nuestro modelo político no era la *democracia representativa*, eso es, la democracia liberal, sino la *democracia revolucionaria*. (S. Juliá, 2012, p. 398).

Los dirigentes políticos del MSC, y con él cabe suponer que una parte considerable de sus propias bases, tenía una concepción más llana sobre el concepto “democracia”, entendida más como método, equiparado al concepto de “libertad”, que no como modelo político:

Hemos dicho y repetimos que nosotros no somos antifranquistas, como no somos anti-nada, ni antifascistas, ni anticomunistas, ni anticatólicos. [...] Nosotros somos demócratas y somos socialistas y no necesitamos el espolón del antifranquismo para actuar. [...] Nuestra causa es eterna, nuestra causa no se pierde. Mientras las madres paran hijos nacerán hombres con dignidad que no

³¹ El FNC era un grupo de carácter nacionalista de carácter “frentista” fundado en París en la etapa de la *résistance*, que unió a personalidades y círculos independientes del interior provenientes de la *Federació Nacional d'Estudiants*, el *Bloc d'Estudiants Nacionalistes*, *Estat Català*, *Nosaltres Sols!*, *Acció Catalana Republicana*, o la propia *Esquerra Republicana de Catalunya*, llegando a participar en su fundación el propio president Lluís Companys.

pongan la libertad en la balanza del éxito o de la suerte y que la ganen viviéndola constantemente o muriendo, si conviene, por ella.³²

Desde la óptica comunista la defensa de la “libertad”, la “democracia” y la “independencia” podían, en efecto, resultar subsidiarias, puesto que algunos identificaban que “el apoyo esencial de todas las respectivas políticas nacionales del PC de todo el mundo es la existencia del campo socialista”.³³ Y esto era así porque no se podía anteponer “a la defensa del régimen socialista la defensa de unos principios abstractos de libertad e independencia”, y porqué entendían que “criticar la actuación del PCUS y de los otros Partidos hermanos, significa coincidir, y por lo tanto favorecer, la campaña anti-soviética desencadenada por los imperialistas”.³⁴ Las críticas que “Pere Solanes” recogió en este informe de 1968 iban dirigidas en contra de la actuación de rotunda condena hecha por el PCE y el PSUC a la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. Resulta evidente que las concepciones de “democracia” que unos y otros entendían diferían profusamente. Sin embargo, E.P. Thompson (2012) nos enseñó cómo incluso organizaciones sectarias cuyo funcionamiento distaba en mucho a ser democrático podían hacer germinar futuras actuaciones que favorecerían la democratización. El centralismo democrático de los comunistas siguió siendo esencial para su funcionamiento en clandestinidad como partido, aunque las asambleas se impusieron en los movimientos de los que participaban y en gran medida impulsaban. Y, mientras en el partido la *praxis* estalinista siguió muy vigente, las bases militantes y todos aquellos que se movían alrededor de los comunistas podían participar en espacios de libertad inéditos (F. Cobo Romero y M. C. Fuentes Navarro, 2011). Ahí estaba uno de los grandes hitos de la “unidad”, en los movimientos y asambleas.

Pese a ello, la voluntad de los comunistas por lograr esa “unidad” llegaba a menudo al paroxismo. Josep Fontana (2009, p. 407) recuerda que en “una ocasión me tocó hacer de enlace con el dirigente de uno de esos partidos imaginarios del que nunca más se ha oído hablar, preparando una reunión que no llegó finalmente a realizarse, puesto que nos vimos obligados a desconvocarla a toda prisa, porque el entusiasmo ante el triunfo político conseguido dio lugar a que Radio España Independiente la anunciase previamente, advirtiéndolo con ello a la policía”. Y a pesar de lo ambiciosa que fue esta búsqueda de la “unidad”, no consiguió nunca convencer al sector exterior de la dirección del MSC, que en 1966 todavía afirmaba que la marginación de los comunistas de los órganos unitarios era necesaria:

[...] hemos dicho –y repetimos– que en una agrupación orgánica de las fuerzas de izquierda democráticas nacionales y socialistas los comunistas no deben entrar, puesto que por ahora sus posiciones no son ni democráticas, ni socialistas ni nacionales. [...] es inútil repetir que en efecto el MSC defiende la ASO,³⁵ esa gran esperanza de unidad sindical democrática que hoy se religa [...] al mundo obrero internacional. [...] Quiere servir [...] al movimiento de las comisiones, religarlo al combate general por la democratización sindical.³⁶

5. La ruptura del MSC y la “unidad” antifranquista

La década de 1960 fue en la que se marcaron los contrastes más grandes entre el exilio y las organizaciones antifranquistas del interior. El contexto internacional ofrecía nuevos paradigmas de socialismo donde agarrarse, y las “viejas” direcciones del exterior, absolutamente desconectadas de la realidad interior de Cataluña, realizaron un viraje ideológico hacia fórmulas similares a las de los países democráticos donde vivían, en los que habían visto erigir los Estados del Bienestar occidentales. La influencia del congreso de los socialdemócratas alemanes de Bad Godesberg en 1959, dónde el partido abandonó el marxismo y pasó a abogar por un socialismo democrático no-

³² “L’antifranquisme”, *Endavant*, 109, julio de 1959. Original en catalán.

³³ AHPCE, Fondo Naciones y Regiones, Cataluña (PSUC), *Sobre Checoslovaquia*, 1968, caja 63, carpeta 19, p. 3. Informe firmado por “Pere Solanes”. Original en catalán.

³⁴ *Ibid.*, p. 1. Original en catalán.

³⁵ Siglas de Alianza Sindical Obrera.

³⁶ “Encara els comunistes, la ‘unitat’ i nosaltres”, *Endavant*, abril de 1966.

revolucionario, contribuyó todavía más a moderar el discurso de los líderes exiliados del MSC. Mientras, en el interior se produjo la reactivación de los movimientos opositores y de protesta liderados por el movimiento obrero, en que sólo el PSUC entre las fuerzas “históricas” consiguió adoptar un papel relevante. El ejemplo de las revoluciones cubana y argelina, así como el pensamiento de la nueva izquierda socialista europea –Lelio Basso o André Gorz, entre otros– contribuyeron a una radicalización, en algunos casos vertiginosa, de unas nuevas generaciones que se incorporaban a la lucha contra el régimen sin el condicionante del recuerdo de la Guerra Civil.³⁷ El MSC no fue capaz de aguantar la tensión que provocó este fenómeno entre sus dos direcciones.

[...] es una evolución en paralelo pero que no es perfectamente concordante entre una organización exiliada y una organización clandestina en el interior, se añaden algunos temas políticos concretos delante de los que era necesario opinar. En particular, el tema de la política de alianzas o la política de frente democrático frente a una política de mantenimiento de la situación de división. I después también una opción más rupturista por parte de la organización del interior, mucho menos partidaria de la negociación con los sectores evolucionistas del régimen que la gente del exilio (R. Obiols, 1984, p. 45).

En efecto, la crisis del MSC se comenzó a gestar en 1962, cuando desde el exterior se impulsó la creación de la ASO, que sumaba en Cataluña la UGT, CNT y sectores de la *Solidaritat d'Obrers Cristians de Catalunya*, creada en 1959. El proyecto de la ASO, no se presentaba como atractivo para el sector del interior ni consiguió penetrar de forma significativa en el nuevo movimiento obrero, que se sentirían más seducidos por la Unión Sindical Obrera cuando esta apareció en 1960 y participarían, algunos, en la creación de las CCOO en 1964. La cuestión sindical, pues, era un elemento de tensiones internas dentro del MSC.

La concepción de la unidad socialista fue otro detonante de la ruptura: “En la sociedad moderna el movimiento obrero es esencialmente el movimiento sindical”,³⁸ escribiría Pallach. En este artículo se exponía el ideario que debía regir en el MSC, en el que se adoptaban las tesis socialdemócratas de Bad Godesberg y se apostaba por la organización unificada con sectores de la izquierda liberal. El artículo se publicó sin consultar a la dirección del interior, partidaria de reforzar vínculos preferentemente con fuerzas marxistas como el FOC. Y es que la política de alianzas fue el factor clave de la crisis de 1966. Marcado de por vida por la experiencia de la Guerra Civil, Pallach había vivido como antiguo militante del *Bloc Obrer i Camperol* (BOC) el trato de los comunistas hacia el POUM y, especialmente, el de su admirado Andreu Nin; hechos que imposibilitaban que el viejo dirigente cediese a cualquier posibilidad de alianza con el PSUC y otras fuerzas considerada como no-democráticas. Raimon Obiols (1984, p. 43), años después recordaría que “a partir del 66, fundamentalmente, yo creo que nuestra aportación [del MSC-interior] es muy importante para superar este estadio y construir un frente de unidad democrática amplia y sobretodo más operativo a nivel popular”.

En el interior las nuevas generaciones incorporadas a la dirección del MSC –Reventós, Cirici Pellicer, etc.– no tenían, ni conocían, ni les interesaban los traumas derivados del conflicto bélico y apostaban claramente por la lucha unitaria antifranquista entre las fuerzas marxistas, sin tener reparos a pactar con los comunistas. Existían ya los precedentes de la creación conjunta del *Comitè de Coordinació Universitària* y de las CCOO, pero el detonante sería la suma del MSC del interior a la *Taula Rodona*, primera plataforma unitaria realmente representativa de fuerzas antifranquistas impulsada por el PSUC en 1966. Estas tres alianzas irritaron profundamente a la dirección del exilio, que las consideraba contra-natura. Además, la apuesta del exilio por practicar el “entrismo” de elementos opositores dentro de las instituciones del régimen –tanto sindicales como

³⁷ Baste observar el entusiasmo que desprende el extenso reportaje que un estudiante, militante del MSC, realizó sobre su viaje a la República Popular Federativa de Yugoslavia, y el ejemplo que consideró que ésta tenía para el programa sindical del MSC. “L'experiència iugoslava: federalisme y autogestió”, *Endavant*, noviembre-diciembre de 1964.

³⁸ “Un gran partit per les esquerres de Catalunya”, *Endavant*, abril de 1966.

de cabezas de familia en elecciones a corporaciones y cortes– para desgastarlo desde dentro era considerada absurda ante la imposibilidad real de desbordarlo.

La escenificación de la ruptura se produjo en un tortuoso congreso de agosto de 1966 celebrado en Toulouse. Ruptura que estaba “basada más en las formas que no en el fondo de la concepción del MSC, pero fue lo suficientemente dura para provocar el alejamiento de los dos sectores” durante más de una década (G. Colomé, 1989, p. 16). Aunque no sería hasta mediados de los setenta que se daría a conocer públicamente la ruptura del MSC entre interior y exterior (R. Obiols, p. 43), el MSC-interior –conocido en 1974 como *Convergència Socialista de Catalunya*, núcleo del *Partit Socialista de Catalunya-Congrés* (PSC-C)– no rehusó por principios a la colaboración con los comunistas durante los años finales de la dictadura y tuvo un papel destacado en las instancias unitarias. El sector *pallachista*, unido en el denominado *Reagrupament Socialista i Democràtic*, mantuvo su actitud hostil a los comunistas, lo cual reforzó la imagen derechista que de él tenían los partidos de izquierdas, ganada por a su defensa acérrima de una socialdemocracia opuesta, por principios, al comunismo.

Conclusiones

Como hemos visto, hasta que no se superó la rémora del recuerdo de la Guerra Civil en las respectivas direcciones, la colaboración entre comunistas y socialistas no fue posible. El factor generacional, como demuestran las posteriores alianzas en el interior entre militantes que no cargaban con el peso de la experiencia bélica, fue una de las claves de la incomunicación entre las respectivas organizaciones hasta entonces. En el caso del socialismo catalán, como hemos visto, no fue menor: hasta la ruptura del MSC no pudieron constituirse organismos antifranquistas realmente unitarios en Cataluña. En el caso español y, con él, del PSOE, esta circunstancia tendría lugar hasta después del Congreso de Suresnes de 1974, en que la joven generación del interior –con Felipe González y Alfonso Guerra a la cabeza– desplazarán a los veteranos de Rodolfo Llopi; siendo, sin embargo, condición imprescindible aunque no suficiente. Fue tras la escandalosa represión en Vitoria en marzo de 1976 que los socialistas se verían forzados a la unificación de las dos plataformas antifranquistas existentes a nivel estatal –una liderada por el PCE y otra por el PSOE– en la conocida como Platajunta. La diferencia de diez años entre los organismos unitarios catalán y español se explica, en parte, por la irrelevancia del PSOE en Cataluña y por la creciente autonomía de la que gozó el PSUC a partir de 1956, prueba fehaciente de la hegemonía del antifranquismo en Cataluña, un hecho que suscribe una cierta peculiaridad política del caso catalán.

Otro factor que debe tenerse en consideración es el estratégico: como apunta Andrade Blanco (2012, p. 63), el “cuestionamiento de la calidad democrática del PCE fue, más que un impedimento para la unidad, una excusa para evitarla”, puesto que la debilidad del resto de fuerzas antifranquistas hacía que éstas viesan con temor su integración en plataformas u organismos hegemonizados por los comunistas. Y, a juzgar por la lectura que hace Preston (2013, p. 217) del informe de Dolores Ibárruri al V Congreso del PCE de septiembre de 1954, había motivos para tal precaución: “Después de declarar que era el PCE el que lideraba la oposición a Franco, sencillamente animaba a los militantes de base del resto de grupos a sumarse a las filas comunistas. [...] El informe de la Pasionaria no podía ocultar la convicción de que era posible pasar por alto las ejecutivas del resto de grupos de izquierda por, sencillamente, absorber sus militantes de base dentro del PCE”.

El factor ideológico también pesó, aunque pueda considerarse minoritario respecto a los dos anteriores. La “unidad” pretendida no significaba, en ningún caso, crear un único partido de izquierdas antifranquista, sino coordinar una lucha común: se buscaba un programa de mínimos, no un cuerpo doctrinal. Las citas de los órganos de prensa de ambos partidos permiten ver que los ataques entre ellos no son de carácter doctrinal, sino que arremeten contra rasgos más genéricos, sean de carácter político (“autoritarios”, “dictadores” o “totalitarios”), o de índole personal (“purria”). Fuera como fuese, la fuerza de los comunistas dificultó, paradójicamente, el encuadramiento unitario del antifranquismo y serían los comunistas quienes “generosamente” atenuarían su vertiente ideológica con el fin, a veces demencial, de “la unidad”.

Bibliografia

- Andrade, J. A. (2012): *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid: Siglo XXI.
- Ballester, D. (2011): *Ramon Porqueras. L'heterodòxia militant. Un socialista contra Franco*, Barcelona: Fundació Josep Comaposada.
- Claret, A. (1977): *Joan Reventós*, Barcelona: Cambio 16.
- Cobo Romero, F. y Fuentes Navarro, M. C. (2011): “Los comunistas, la democracia y el campo. El “asamblearismo campesino” y la difusión de valores democráticos entre la sociedad rural, 1962-1975”, en Ortega, T. y Cobo Romero, F.: *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*, Granada: Comares.
- Colomé, G. (1989): *El Partit dels Socialistes de Catalunya. Estructura, funcionament i electorat (1978-1984)*, Barcelona: Edicions 62.
- Domènech, X. (2008): *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid: Catara.
- Domènech, X. (2008b): *Temps d'interseccions. La Juventut Comunista de Catalunya (1970-1980)*, Barcelona: Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia.
- Domènech, X. (2009): “Cenizas que ardían todavía. La identidad comunista en el tardofranquismo y la transición”, en Manuel BUENO y Sergio GÁLVEZ: *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Sevilla: Atrapasueños.
- Fernández Buey, F. (2009): “¿Qué democracia queríamos los comunistas? Recuerdos y reflexiones”, en Bueno, M. y Gálvez, S. (ed.): *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Sevilla: Atrapasueños.
- Ferrer, C. (2014): *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lleida: UdL.
- Flores, M. y Gallerano, N. (1992): *Sul PCI. Un'interpretazione storica*, Bologna: Il Mulino.
- Fontana, J. (2009): “Los comunistas en el final de la dictadura”, en Bueno, M. y Gálvez, S. (eds.): *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Sevilla: Atrapasueños.
- Fundació Rafael Campalans (1995): *Els orígens del Moviment Socialista de Catalunya*, Barcelona: Fundació Rafael Campalans. [Edición al cuidado de José Luis Martín Ramos].
- Jarne, A. y Juvillá, P. (2014): *El PSUC a les terres de Lleida, 1936-1986*, Lleida: Pagès.
- Juliá, S. (1997): *Los socialistas en la política española (1879-1982)*, Madrid: Taurus.
- Juliá, S. (2012): *Camarada Javier Pradera*, Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Martín Ramos, J. L. (1998): “Fragmentació i unitat del socialisme català durant la dictadura franquista (1939-1978)”, *L'Avenç*, nº 228.
- Martín Ramos, J. L. (2001): “Historia del socialismo español”, en SASSOON, Donald: *Cien años de socialismo*, Barcelona: Edhasa.
- Martín Ramos, J. L. (2012): *La rereguarda en guerra. Catalunya, 1936-1937*, Barcelona: L'Avenç.
- Mir, C. (2000): *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida: Milenio.
- Molas, I. (1994): “El Moviment Socialista de Catalunya, entre el front orgànic i l'estructura de partit (1949-1953)”, en Martín Ramos, J. L. (ed.): *Història del socialisme a Catalunya (1940-1975)*, Barcelona: Columna.
- Moliner, C. (2007): “La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición”, *Ayer*, nº 66.
- Moliner, C. e Ysàs, P. (2011): *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona: L'Avenç.